



Cincuenta años de televisión en España

MANUEL PALACIO

Profesor de la Universidad Carlos III de Madrid

SI 20 AÑOS NO SON NADA PARA LOS amantes de los tangos, 50 años son, desde luego, muchos años para los historiadores de la televisión. En ese tiempo, la televisión se ha consolidado como el mayor medio de comunicación, pero también se han producido profundos cambios sociales interrelacionados con la presencia de la televisión, como el crecimiento del consumo de los ciudadanos o las profundísimas transformaciones en la dialéctica de las nociones de espacio público y espacio privado.

Obvio es decir que los 50 años de la televisión obligan a fijar para los análisis periodos homogéneos que faciliten las interpretaciones. En ocasiones, se han usado criterios de la historia política; así, se ha diferenciado entre la televisión del franquismo y de la democracia, o la televisión en el tiempo de la transición democrática. Otras veces, las etapas se han articulado a partir de momentos vehiculares del medio, como la llegada de las emisoras de titularidad privada o la primera consolidación de la televisión de pago. En los estudios internacionales de televisión, ha prosperado la periodización propuesta por John Ellis.¹ El investigador británico diferencia dos grandes etapas del proceso evolutivo de la televisión. De esta manera, distingue entre una etapa de escasez (*scarcity*) y otra de disponibilidad (*availability*); en la actualidad, apunta que, con la llegada de las distintas ofertas de televisión digital, estaríamos en el umbral de una tercera etapa de abundancia (*plenty*).

Si aplicamos la terminología de John Ellis a la historia de la televisión en Espa-

ña, fijaríamos las siguientes etapas. El primer periodo de escasez, en el epicentro del franquismo, abarcaría los primeros diez años de la historia de la televisión, desde el inicio oficial de las emisiones, en 1956, hasta mediados de los años sesenta, en que, con la llegada de las emisiones a las Islas Canarias y con la inauguración de los estudios centrales de TVE en Prado del Rey, se da por cerrada la primera red nacional de transmisión. La segunda etapa de *disponibilidad* corresponde a la edad de oro del servicio público en España y comprendería los aproximadamente 25 años que discurren desde el comienzo de las emisiones de TVE2 hasta el comienzo de las emisiones de titularidad privada en 1990. El último periodo, señalado como de *abundancia*, englobaría los últimos 15 años en los que la oferta televisiva se ha multiplicado hasta niveles impensables. En esta etapa, se auguran nuevas mutaciones a partir de las emisiones de la Televisión Digital Terrestre (TDT) o por internet.

Los primeros tiempos de TVE son descritos por sus protagonistas como “años heroicos”, en una etapa marcada por la escasez de medios y el voluntarismo de sus profesionales.

Los años de la escasez televisiva (1956-64)

Desde primeros de los años cincuenta, TVE emite experimentalmente en pruebas; sin embargo, las emisoras regulares no comenzaron hasta el 28 de octubre de 1956. En la paupérrima España de ese tiempo, el esfuerzo de la puesta en marcha del servicio televisivo recayó en buena parte en la inversión publicitaria: es un caso muy singular en el contexto televisivo europeo. Quizá por ello, Televisión Española no dispuso inicialmente de una naturaleza jurídica autónoma y clara que estableciera su estatuto legal; y ello, hasta el punto de que las autoridades políticas tardaron más de un lustro en concluir que TVE sería una empresa pública.

Los primeros profesionales de TVE llaman a este periodo el tiempo de los “años heroicos”, muy probablemente porque las limitaciones técnicas y empresariales obligaban a que todos los que laboraban en los míticos estudios del Paseo de la Habana madrileño, primera sede de TVE, contaran con grandes dosis de voluntarismo para desarrollar los quehaceres diarios. Muchas son las anécdotas que marcaron los años de escasez. Sirva de recuerdo bibliográfico el capítulo que Adolfo Marsillach dedica al tema en su libro de memorias *Tan lejos, tan cerca*. En este contexto, no era irregular que los trabajadores más cualificados de los programas de variedades recibieran de las empresas productoras y patrocinadoras de los programas un complemento de su sueldo oficial.

En estos años, la televisión ocupa un lugar muy secundario en el conjunto de las

industrias culturales y, desde luego, no está en la agenda de preocupaciones del régimen franquista. Significativamente, hasta 1962, Francisco Franco no transmitió por las antenas televisivas su tradicional mensaje navideño; desde otra perspectiva, los mismos fastos de la inauguración de 1956 fueron presididos por un ministro de perfil bajo, como era el titular de la cartera de Información y Turismo, el pío Gabriel Arias Saldado, a quien, por cierto, los técnicos obligaron a repetir hasta tres veces su discurso.

Si atendemos a los bajísimos niveles de penetración que tenía el medio, tampoco parece que la televisión de los años de escasez fuese un objeto especialmente deseado por los españoles. Ciertamente es, empero, que la compra de un receptor estaba muy alejada de las capacidades adquisitivas de aquéllos y que, hasta 1961, los televisores estuvieron gravados con un impuesto de lujo similar al que tenían las mercaderías más sofisticadas. Con motivo del quinto aniversario de TVE, en 1961, *Tele Radio*, el órgano de difusión de la emisora estatal, proporciona unas cifras sobre el parque de televisores y sobre el número de telespectadores. Las cantidades suscitan dudas, pero no pueden dejar de leerse como indicativas de la restringida presencia del medio: la red tiene una cobertura del 69,1 por ciento del territorio y el parque de televisores está en torno a los 420.000 aparatos. En la revista, calculan que cada programa ordinario lo ven seis espectadores por televisor y, en las retransmisiones extraordinarias, que no se indica cuáles son, se reúnen 20 espectadores por receptor. A la altura de 1965, los datos de *Tele Radio* nos dicen que en España hay alrededor de un millón y medio de aparatos, unas cifras un 25 por ciento más elevadas que las que daba en ese tiempo el sindicato vertical franquista.²

Al margen de la fiabilidad que concedamos a estas informaciones, parece evidente que, hasta bien avanzados los años sesenta, la penetración de la televisión en España es muy limitada. En una encuesta que sobre consumo televisivo realizó, en 1965, el Instituto de la Opinión Pública, los resultados nos señalan que, aproximadamente, la mitad de los habitantes de las grandes urbes posee televisor en su hogar (51 por ciento en las ciudades de más de 500.000 habitantes); pero los porcentajes bajan hasta un tercio en las ciudades me-

dianas (el 39 por ciento de las urbes entre 95.000 y 500.000 habitantes, y el 30 por ciento de los municipios entre 10.000 y 95.000 habitantes), y se desploman en los pueblos (un raquíto 5 por ciento de las localidades entre 2.000 y 10.000 vecinos).³

TVE1, huelga decir que la única emisora existente, emite unas 35 horas a la semana en blanco y negro. No se conservan programas de este periodo, bien porque muchos de ellos se hacían en directo, sin ningún sistema de registro de lo hecho, bien porque, cuando es posible la grabación, no existe el concepto de archivo televisivo

Hasta bien avanzados los años sesenta, la penetración de la televisión en España era muy limitada. Sólo en las grandes ciudades, alcanzó a la mitad de la población.

y nadie se preocupa por la conservación de los espacios televisivos. Quienes hicieron aquella televisión recuerdan algunos de los espacios realizados por los primeros teleastas, como las obras de teatro dirigidas por Juan Guerrero Zamora y las comedias de Jaime de Armiñan o Adolfo Marsillach (los primeros eslabones de una televisión de calidad). Entre los programas de entretenimiento, se cita Gran Parada, el más emblemático de los programas de variedades patrocinados, o el programa cómico *La tortuga perezosa* (1961-63), en el que trabajaron José Luis Coll y Chumy Chúmez. Se recuerda menos *Hoy dirige* (1962), que llevó a laborar en TVE a algunos cineastas como José María Forqué, Manuel Mur Oti, Edgar Neville o Ana Mariscal; o *Tengo un libro en las manos* (1958-65), con el que ganó un premio Ondas el catedrático falangista Luis de Sosa.

Con el crecimiento económico de los años sesenta, el I Plan de Desarrollo plantea inversiones que marcan el fin de los años de escasez. Por un lado, la creación de un centro de producción y unos estudios de televisión y, por otro, el esfuerzo de completar la red televisiva con la llegada de la tele-

visión a las Canarias (recuérdese que en ese tiempo todavía no hay satélites de comunicaciones operativos, por lo que los programas llegan a las islas desde la península por avión y se emiten con un día de retraso).

Estos dos proyectos formaron parte de los fastos conmemorativos de la campaña de los “Veinticinco años de paz” y, en ambos casos, para atestiguar el valor simbólico que tenían para el régimen, participó Francisco Franco. De hecho, con motivo de la inauguración de Prado del Rey el 18 de julio de 1964, el Jefe del Estado, vestido con el traje de almirante de la Marina, se desplazó, por primera y única vez en su vida, a TVE. No fue a las Islas Canarias, pero grabó un mensaje que se emitió en el comienzo oficial de la emisora, en febrero de 1964; palabras que son, de hecho, una de sus pocas intervenciones sobre el tema televisivo: “Canarias se convierte hoy en nuevo eslabón de esta cadena de unión que en el mundo moderno son los programas de televisión, a través de los cuales recibiréis cotidianamente, y con el abrazo de la Península, el testimonio de la verdad de España y de la indiscutibilidad de sus realidades. Al inaugurar esta nueva emisora, os recuerdo algo que debemos tener muy presente: los nuevos medios de comunicación, información y difusión han de ser utilizados con noble fin, porque de nada aprovecharían los progresos y los avances de la técnica si no se ponen al servicio de la Verdad, la Justicia y la auténtica y cristiana Hermandad”. (Francisco Franco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado*, 1964-1967: 9-10).

La televisión disponible (1965-89)

Con una oferta monopolizada por las dos emisoras de TVE hasta 1983-1984 y, a partir de esas fechas, completada la iniciativa pública televisiva con la incorporación de las primeras televisiones autonómicas, puede asegurarse que los 25 años de la televisión disponible son la verdadera edad de oro del servicio público televisivo en España. Sin olvidar que, desde la segunda mitad de los años sesenta, la televisión se convierte en la primera industria cultural de España, superando en influencia social y, desde luego, en capacidad económica a otros medios como el cine, la radio o la prensa.

Excusado es decir que las emisoras públicas españolas, a semejanza de lo acaecido

en otros servicios públicos europeos, elaboraron de una manera connatural a su propio ser proyectos pedagógicos concebidos para incidir en las dinámicas sociales, crear las bases compartidas de la comunidad y establecer el mayor consenso en la interpretación de los hechos sociales. En suma, que el medio se convierte para las emisoras públicas en un elemento central de las estrategias políticas. Primero, de la dictadura tal como ocurrió, por ejemplo, con las campañas propagandísticas concebidas para la legitimación de los ideales de la ideología franquista, como *España siglo XX* (1973) o *Crónicas de un pueblo* (1971). Luego, de la transición democrática. En este punto, siempre debe alabarse el esfuerzo que hizo TVE para permeabilizar entre los españoles los valores del consenso y la negociación democrática; no deben olvidarse, de una larga lista, los programas divulgativos que se pusieron en antena como *¿Quién es...? ¿Qué es...?*, las modificaciones que se realizaron en el estilo de los Telediarios o las ficciones transmisoras de valores democráticos como *Curro Jiménez* (1976) o *Verano azul* (1979). Y, en tercer lugar, y tras la promulgación en 1980 del Estatuto de la Radio y la Televisión, la norma legal básica del ordenamiento jurídico de la televisión en España, de los valores del régimen de libertades y la democracia; como pequeñas muestras, pueden citarse el trabajo de normalización lingüística por parte de las televisiones autonómicas o la producción de las grandes ficciones forjadoras de los nuevos imaginarios simbólicos como *Los gozos y las sombras* (Rafael Moreno Alba, 1982), *La huella del crimen* (Pedro Costa, 1985), *Lorca, la muerte de un poeta* (Juan Antonio Bardem, 1987) o *La forja de un rebelde* (Mario Camus, 1990).

En esta etapa de disponibilidad, los televidentes pasaron de sintonizar un único canal en blanco y negro hasta poder conectarse con tres, en muchas zonas del país, o hasta cuatro (en el País Vasco), por supuesto, en color. La penetración de la televisión es prácticamente universal; asimismo, un porcentaje elevado de los receptores funcionan con mando a distancia y algunos tienen calidad de sonido estéreo. Por último, un número no despreciable de hogares posee dos televisores. Los cambios en la programación no son menores; las horas de emisión diaria se duplican, hasta alcanzar, al final de este periodo, cerca de las 20 horas diarias; ya no se produce el cierre de las

emisiones por la tarde, se retrasa el cierre nocturno y comienza la programación en el horario matinal en TVE1 en 1987.

Desde la oferta televisiva, dos hechos marcan el periodo y se han permeabilizado en el conjunto del sistema televisivo español. En primer lugar, la aparición de TVE2, conocida popularmente en sus comienzos como UHF y luego como La 2, y más tarde, en los años ochenta, el nacimiento de las cadenas autonómicas de primera generación. Veámoslo.

La segunda cadena comienza sus emisiones en pruebas en 1965. Inicialmente,

La segunda cadena de TVE, que empezó a emitir en 1965, produjo durante años los programas que son reivindicados como ejemplos de calidad e innovación televisivas.

emite unas tres horas diarias, pero sus repercusiones en el sistema son mayores que lo que podría indicar su limitada presencia horaria: con su oferta, se establece, por vez primera, una cierta fragmentación programática de los gustos de la audiencia. De esta manera, TVE2, y luego los segundos canales de las televisiones autonómicas, se concebirá como un servicio televisivo pensado para las audiencias culturalmente más exigentes de las clases medias urbanas (“Una televisión para la inmensa minoría”, llegó a utilizarse como eslogan).

Lo cierto es que, desde La 2, que en varios periodos ha sido completamente autónoma de la política programática y de producción de TVE1, se han construido durante muchos años los programas que son reivindicados en el recuerdo como ejemplos de innovación y de calidad televisivas. El primer eslabón de esa cadena creativa lo elaboraron los jóvenes guionistas o realizadores cinematográficos que llegaron a Prado del Rey provenientes, en muchos casos, de las aulas de la Escuela Oficial de Cine (EOC): Claudio Guerin Hill, Pilar Miró, Josefina Molina, Mario Camus, Iván Zulueta,

José Luis Borau, Ramón Massats, Jaime Chávarri o Emilio Martínez Lázaro. Estos autores se especializaron en un formato de ficción de corta duración, como en *Cuentos y leyendas* (1972) o *Los pintores del Prado* (1974), que resultó formalmente muy innovador en el limitado marco cultural del franquismo.

No menos destacable fue la producción que se hizo en toda esta epata de series documentales, etnográficas y pedagógicas, como *Fiesta* (Pío Caro Baroja, 1967), *Rito y geografía del cante* (Mario Gómez y Pedro Turbica, 1971), *Raíces* (Manuel Garrido Palacios, Ramón Massats, 1976); programas de base musical como *Ultimo grito* (Ramón Gómez Redondo, Ivan Zulueta y Pedro Olea, 1968) o *Popgrama* (Carlos Tena, 1977); los de cultura o arte, como *Encuentros con las artes y las letras* (Carlos Vález, 1976) o *Trazos* (Ramón Gómez Redondo, 1977). Y, ya en los ochenta, en un contexto de vanguardia social y formal, *La bola de cristal* (Lolo Rico, 1984), *La edad de oro* (Paloma Chamorro, 1983) y *Metrópolis* (Alejandro Gómez Lavilla, 1985).

Con respecto a las televisiones autonómicas, en la España democrática de primeros de los años ochenta, parecía evidente que la estructura organizativa y de producción de TVE no podía dar razón de las inquietudes descentralizadoras del nuevo Estado de la autonomías. Ciertamente, la clase política de los partidos de cobertura nacional y la de los partidos de actuación autonómica no pensaron seriamente en las vías para implantar una tercera cadena de TVE autonómica, a semejanza de las que se habían creado en la década de los años setenta en Francia o Italia. El Congreso de los Diputados aprobó, en diciembre de 1983, la ley de los terceros canales de televisión por la que se crearon las televisiones autonómicas, salvo el caso de la vasca, nacida de una prerrogativa de su Estatuto de Autonomía: EITB (el País Vasco comenzó sus emisiones el 31 de diciembre de 1982), TV3 (Cataluña la inauguró en enero de 1984), TVG (Galicia, julio de 1985), Canal Sur (Andalucía, 1987), Telemadrid (Madrid, 1989), Canal 9 (Comunidad Valenciana, 1989).

Todas las televisiones autonómicas constituyeron la Federación de Organismos de Radio y Televisión Autonómicos (FOR-TA); finalmente, ésta se ha consolidado como una verdadera tercera cadena nacional, que posee una cobertura casi total y com-

parte entre sus afiliados la compra de programas, como los derechos de la liga de fútbol, algunas series internacionales o los largometrajes.

Aunque las televisiones autonómicas comenzaron su andadura de una manera timorata, y al margen de algunos aciertos en la concepción de la producción de ficción televisiva, nadie puede negar que su principal éxito estriba en su indudable eficacia para establecer la cohesión social de los territorios de su cobertura y, en un segundo nivel, en potenciar los procesos identitarios de sus ciudadanos ("La nuestra", como dice uno de los eslóganes de sus campañas promocionales). Quizá por estos éxitos, en el último de los periodos propuestos en estas páginas, se han incorporado a la lista de las televisiones autonómicas la de las Islas Canarias (TVC), la de Castilla-La Mancha (CMT), la de las Islas Baleares (IB3), la de Aragón y la de Asturias, y antes lo habían hecho los segundos canales de las emisoras de *primera generación* (ETB 2, Canal 33/K3, Canal 2 Andalucía, La Otra, Punt 2).

Desde la órbita económica, en los años ochenta, con TVE gobernada por dos directores generales con enorme personalidad (José María Calviño y Pilar Miró), la televisión era considerada como "una máquina de hacer dinero". Tan es así que, con motivo de la reconversión industrial de mediados de esa década, no pareció un despropósito que el Estado dejara de apoyar económicamente

a la televisión pública estatal. Nadie valoró los efectos que tendría para el desarrollo del servicio público televisivo el que la financiación se basara en la publicidad. Tampoco el que las plantillas de trabajadores fueran creciendo a un ritmo mucho más rápido que lo hacían las horas de programación. Por ejemplo, en 1965, trabajan en TVE un total de 1.261 personas; en 1976, con un horario de programación similar al que se tenía una década antes, están en plantilla 4.166 personas; y diez años más tarde, en 1987, cuando empieza la televisión matinal, lo hacen 5.319 trabajadores. La semilla de los desajustes presupuestarios estaba lista para fructificar en el siguiente periodo.

La abundancia televisiva (1990-2005)

John Ellis describe la edad de la abundancia televisiva como aquella fase en la que en la televisión se sufre un desarrollo desigual: por una parte, nos encontramos que la televisión generalista sigue siendo la fuerza motriz del medio y el lugar del que para los televidentes nacen los procesos de socialización y lo más característico de la cultura televisiva nacional, pero, por otra parte, una serie de desarrollos tecnológicos, combinados con unas mutaciones en el mercado televisivo, han introducido nuevos enfoques, que están redescubriendo el fenómeno televisivo en su conjunto.

Uno de los corolarios más visibles de estos cambios ha sido, claro está, el aumento exponencial de operadores televisivos. En la actualidad, hay muchas, muchísimas televisiones. Cualquier telespectador puede sintonizar no menos de una decena de estaciones; algunas, de cobertura transnacional y otras, locales, hercianas o por cable, analógicas o digitales, por satélite o por internet... Igualmente, es visible la consolidación de dos grandes modelos del negocio televisivo: por un lado, una televisión generalista, dirigida a un público masivo, que es financiada fundamentalmente por la inversión publicitaria; y, por otro, una televisión especializada o fragmentada, en la que, en casi todos los casos, los televidentes deben pagar por verla, y que está concebida para satisfacer las necesidades y los deseos audiovisuales de segmentos de público más o menos minoritarios.

En realidad, todos los cambios de esta etapa se originan en unas transformaciones que también han afectado al conjunto de la sociedad y de los sectores económicos. En pocas palabras, podríamos definirlos como la irrupción del consumo como eje medular de la contemporaneidad occidental. La influencia de las reglas del consumo y el consumismo en el mercado televisivo establecen que los programas no se diferencien de cualquier otra mercancía, lo que conlleva que, en el circuito económico televisivo, se deben aplicar meticulosamente las reglas del marketing. Se busca siempre la mayor audiencia posible (o, al menos, crear un equilibrio entre lo que cuesta un programa y lo que recauda por los ingresos publicitarios), y, así, privilegian, en los programas individuales y en las bandas horarias en las que se divide la jornada televisiva, los temas y los formatos dirigidos a los grandes consumidores de televisión. Se crea un círculo vicioso y cerrado: se programa para conseguir audiencias, que se venden a la publicidad, y, si se tiene publicidad, no caben los cambios o las innovaciones. Las cifras de cuadro 1 parecen reveladoras.

Es decir, que, si bien el crecimiento del consumo televisivo ha crecido en estos años de abundancia a un ritmo moderado, el tiempo de emisión publicitaria ha aumentado en más de un 400 por ciento. Ver la televisión generalista en España, con unas tasas de ocupación publicitaria de las más altas de Europa, tiene mucho de consumir fragmentos audiovisuales y ha afectado

1. Tiempos de consumo televisivo y de publicidad 1991-2004

	1991	1995	2001	2004	% crecimiento
Minutos diarios de visionado	187	211	208	218	16,6
Spots emitidos al día	1.132	2.607	4.410	6.178	445,8
Spots total año	413.180	951.555	1.609.650	2.255.139	445,8

FUENTE: Informe Anual. La comunicación empresarial y la gestión de los intangibles en España y Latinoamérica, Pirámide, Madrid, 2005. Elaboración propia.

2. Distribución de la audiencia (1993-2005)

	1993-1994	1999-2000	2004-2005
Televisiones generalistas:			
TVE 1, Antena, Tele 5, Forta, La 2, Canal +	99,1	95,4	89,0
Otras: Televisión de pago, televisiones locales	0,9	4,6	11,0

FUENTE: Carta de ajuste, julio-agosto, 2005, p. 27. Elaboración propia.

tado a la configuración formal de todos los formatos y géneros: menos importancia de las películas, que cuentan historias de larga duración, y más de los realities, que se articulan desde el guión como relatos fragmentados. Obviamente, en la etapa de la abundancia y del consumismo, se convierte en inviable el modelo pedagógico de incidir cultural o políticamente en los públicos televisivos e indirectamente es obligada la reestructuración del papel del servicio público televisivo.

En este marco, aparecen, a primeros de los años noventa, tres televisiones de titularidad privada de cobertura estatal. Dos de ellas, de programación en abierto y generalista similar a la de TVE1: Antena 3 TV y Telecinco, que iniciaron sus emisiones en diciembre de 1989 y marzo de 1990, respectivamente, y que, en la actualidad, cotizan en Bolsa; y una tercera, Canal +, que comenzó su programación en septiembre de 1990, codificada de pago en lo más significativo de su emisión pero con varias horas en abierto. Recientemente, está emisora se ha convertido en Cuatro, con una programación completamente en abierto.

En casi tres lustros de existencia de las emisoras privadas, se han producido muchos cambios en su estructura. Por ejemplo, poco tiene que ver la Antena 3 TV de hoy día con la que comenzó su andadura. No se parecen ni sus accionistas principales, ni sus profesionales, ni lo que es más importante: su propia línea de producción. En el haber histórico de Antena 3 TV, debe apuntarse que fue la primera emisora privada en apostar por la producción de telemedias y la que consiguió un éxito que modificó el hilo conductor de la televisión en los años noventa: *Farmacia de guardia* (Antonio Mercero, 1991). En épocas más recientes, debe mencionarse el éxito de *Aquí no hay quien viva* (2003). También Antena 3 TV fue la primera cadena de televisión

El papel de las productoras independientes ha sido decisivo en la reordenación del mercado televisivo español. En la actualidad, cubren la mayoría de los contenidos de 'prime time'

que emitió un debate entre dos candidatos a la presidencia del Gobierno (Felipe González y José María Aznar, 1993). Por su parte, Telecinco, que es una de las cadenas más rentables de Europa, se ha convertido en la emisora de perfiles más urbanos del país; en la historia de la emisora, ha sido reconocida por la elaboración de series como *Médico de familia* (1995), *Siete vidas* (1999) o *Los Serrano* (2003), así como por unos informativos prestigiados y por su insistencia en programas basados en el formato del *reality show*, en cierta medida, sucedáneos todos del original *Gran Hermano* (primera edición, en 2000).

No menos decisivo para la reordenación del mercado televisivo español ha sido la paulatina importancia que han ido adquiriendo las productoras independientes. De hecho, se puede decir que éstas son las encargadas de la realización de la gran mayoría de los espacios nocturnos que ven los telespectadores españoles. Globomedia, Gestmusic Endemol, Producciones 52, Boca a Boca, El Terrat, El Mundo TV, Paseuka, Baleuko, Videomedia y Mediapro constituyen la lista de las diez primeras productoras por número de horas de emisión, alcanzando entre ellas más de 6.000 horas de emisión

anual, sobre el monto total de las 16.174 horas a las que llegó, en la temporada 2002-03, el conjunto de las productoras independientes.⁴

El último aspecto a considerar lo constituye la dialéctica entre televisión gratuita y de pago, y, en un sentido más general, el peso que posee la rúbrica "otras televisiones", en la que se encuadran las ofertas de las televisiones de pago y las locales.

En España, en 2004, existían algo más de tres millones de abonados a distintos modelos de televisión de pago. La parte principal de los suscriptores se la lleva Digital +, con 1.652.573, seguida por Canal +, con 434.244, y luego Grupo Ono (434.368), grupo Auna fijo (367.849), resto de operadores de cable (177.484), operadores de cable locales (135.960) y Telefónica Cable (8.388) (todos los datos, en *Anuario 2004 Comisión Nacional de Telecomunicaciones*). Estas cifras, unidas a las conseguidas por las televisiones locales, nos muestran la evolución sobre el apartado denominado de "otras" en las clasificaciones de audiencia.

En suma, que todavía falta tiempo para ajustar los platillos de la balanza en un equilibrio aceptable entre las lógicas programativas, sociales y económicas de la televisión generalista y de "las otras". Y, si las incertidumbres todavía son grandes, no lo son menores con respecto a los plazos y las repercusiones sobre la implantación de la televisión digital y la televisión por internet. ■

1 Ellis, J., *Seeing Things. Television in the age of uncertainty*, IB Tauris Publishers, Londres, 2000.

2 Véase, *Tele Radio*, nº 292, 6-12 de noviembre de 1961, y Manuel Palacio, *Historia de la televisión en España*, Gedisa, Barcelona, 2001, p. 58.

3 Véase como fuente más accesible Manuel Palacio, op. cit., p. 65.

4 GECA, *Anuario de la Televisión 2004*, Madrid, 2004, p. 130.

